

GENTE VIEJA



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

La información de GENTE VIEJA

En España ocurre algo de lo que la pasaba á cierta señorita que decía:

—¡Jesús! ¡Lo que me divierte! Esta noche estoy de baile y mañana de entierro!

Excepción hecha del rigor del verano—y hay los festejos de las verbenas—el año español es una fiesta continuada.

“Todos los días son buenos para honrar á Dios”, dice el proverbio. Nosotros decimos: “Todos los días son buenos para no trabajar.”

Empiezan las Pascuas de los turrone; sigue un corto espacio de monotonía, á pesar del embuchado de Reyes, y llega Carnestolendas con su brillo. Vuelta á la vida normal *unas horas*, y aparece en todo su esplendor esa Santa Unción mística de que nos habla San Agustín. Y aparece seductora, uniformando á las mujeres hermosas con la clásica mantilla española, que parece más bien creada para fabricar locuras amorosas que para albergar místicos recuerdos de pureza intachable.

Esos puñados de rezadoras rubias y morenas que como enjambre de pájaros van esparciendo la vida y la alegría, ¡y el bacalao de Escocia! son las notas salientes de la semana. ¡Qué extraño maridaje! Y sin embargo, ¡cuántas de ellas no salen á “recorrer” (sic) por la mañana á causa de tener que espumar el potaje ó desalar el bacalao!

Si yo fuera poeta,—es decir, si supiera *practicar*, porque poeta soy hasta lo indecible—me dedicaría á cantar á esas pobres cursis de las que se habla en las altas sociedades con desdén, porque no se las conoce.

Con cuatro trapitos lavados con campeche y re-cosidos y almidonados, hácese un “figaro á la moda,” un “matiné ravissant” ó cualquier otra prenda de las que ven puestas en otras muchachas ricas y poderosas, según las cursis, porque pueden pagar treinta reales de hechuras.

En esta época, *mis cursis*—perdona, Blasco, pero por hoy has de partir algo conmigo—comienzan á escudriñar qué amiga de mamá conserva dos mantillas para pedirla una, repasando *in menti* los compromisos que la dueña pueda tener, contando sobrinas, allegadas y muchachas que disfruten cerca de ella mayor sombra de derecho.

Porque eso sí. Mis cursis son las más honradas de la sociedad moderna. Aún reconocen derechos y deberes y otras ranciedades respetables.

Remiendan, planchan y se lavan cien veces el mismo par de guantes: esta es su juventud. Llegan al matrimonio sin otro pecado que haber envidiado media docena de pingos, y aquí empiezan las luchas feroces. El hijo que necesita ama, botas, libros.... porque ¡cómo no dar carrera á Julianito! ¡qué dirían las amigas!

¡Pobres cursis! ¡Larga cadena de privaciones! inmenso montón de sacrificios ignorados; la vida gastada en lo pequeño con vistas á lo grande, y el juicio del mundo que envidiáis, dedicándoos una palabra para abarcar todo el rebaño humano que trabaja como el obrero, anhela como el intelectual y sufre como el mártir, amalgamando en una sola voz despreciativa ó desdeñosa todos vuestros ideales, todas vuestras luchas y todas vuestras honradeces; no debéis á nadie, santificáis el hogar zurciendo y guisando para compartir las cargas del marido; veneráis á la madre, amamantáis al hijo, no os viste un sastre, ni cantáis *couplets*, ni

sabéis intrigas de bastidores, ni habláis francés, ni renegáis de España.... Pues *cursis*, cursis por todo eso y por no tener ni dinero ni descoco.

* *

Y sigan las cuestiones de religión. Las gentes hoy no se toman la molestia de discurrir por cuenta propia, y así como quien lee tal periódico ve arder á Canalejas pinchado en un tridente que Satán levanta orgulloso para que el mundo vea al monstruo retorcerse en convulsiones pateando y haciendo feroces contorsiones entre las llamaradas de sus propias carnes, así el que lee cuál otro sueña con bandadas de frailes que con los manteos recogidos y el sombrero de teja *al vuelo* huyen despavoridas buscando recinto, que no encuentran, donde descansar de las fatigas.

Y como, repito, la gente suele abandonar el suyo al criterio del chico de la prensa, más ó menos belicosa, que la informa, no ve ¡ciego! tras la bandada de Trinitarios, Hermanos de Belén, de las Escuelas cristianas, Hospitalarios, Hermanitas de los pobres, Redentoristas, Hermanas de la Cuna de Jesús, etc.; bandadas de niños huérfanos, bandadas de ancianitos achacosos, bandadas de mujeres sin pudor y llenas de laceria y podredumbre, bandadas de enfermos y leprosos, que posiblemente dormirían al raso sin “esos ángeles de las tocas blancas”, que dijo el gran Castelar.

Lo perfecto no existe en el mundo conocido, y por lo tanto hay vicios que corregir en esto de las Ordenes religiosas; pero hagámoslo con educación, con cultura, con agradecimiento, pensando y midiendo el mal que pueda irradiar con el bien que produce.

Coloquemos por un minuto en la inmensidad de la tierra la inmensidad de las plagas que *ocultan* á nuestra vista esas Comunidades, rara vez estimadas con justicia; no reparemos en lo que *logran*, pensemos sólo en lo que *ocultan*, y nuestra fantasía y nuestro corazón llevarán á nuestros labios una frase de gratitud....

¡Qué triste espectáculo el día en que un enfermo caduco y asqueroso pidiera de puerta en puerta protección y caridad y le preguntaran: «¿Cuánto me paga por ella?»

En esta época febril de maridaje horrible del pingo con el encaje y el hambre con la hartura, en que todo se compra y todo se vende, una sola cosa se da: el amparo al desvalido.

Y ¿por qué se da? Porque la fe y el amor no ansían la moneda ni apetecen pasta alguna moneable sino para reducir á algo inmaterial y sublime lo que los otros reducen á joyas y trufas.

* *

Las ferias de Mayo prometen estar muy animadas. Casi todos los teatros se preparan á hacer en Mayo su Agosto y la gente madrileña en estos primeros días de sol no proyecta ni habla de excursiones veraniegas, sino de los festejos.

María Tubau, en el teatro de la Princesa, empezará pronto su campaña. Muy selecto será el abono. La Princesa de Asturias se propone proteger el teatro que se hizo en memoria de su natalicio.

Realmente la Princesa, hasta por el sitio en que está, es un gran teatro para esta época, y no se necesitaría para que fuera muy concurrido tanto auge y tanto brillo como le presta la protección

de S. A. y el ser la insigne actriz la encargada de la mayor parte de las obras.

Deseamos al matrimonio Palencia todo el éxito que por su talento merecen.

La ópera española es un hecho. Realmente, aunque no sea sólo por filantropía por lo que el Sr. Berriatúa ha pensado en esto, la obra, resultando ó no—que si resultará,—coloca al simpático empresario en lugar honrosísimo.

Todo cuanto sea afianzar nuestro poderío en las artes y en las letras, es obra meritísima para todo español de los que todavía nos contoneamos alegres al oír la marcha de *Pepe Hillo* y aborrecemos la cerveza negra.

Pero reparo que parezco subvencionado para enganchar y animar al abono: haga el público lo que quiera; yo me propongo no perder ni ripio en la Princesa, ni gallo en el Lírico: soy un crítico ferroz bajo mi careta de panchampla simplón y contentadizo.

* *

Y alguna vez GENTE VIEJA ha de hablar de algo que se relacione con los poderes del Estado; y si para éste representa algo la generación que se va, hacemos nuestros los deseos de *El Liberal*, de *La Correspondencia* y de otros periódicos que han publicado lo siguiente:

“Van á dirigirse en instancia al Rey, antes de su mayor edad, los interesados y los padres de los interesados que se encuentran en un caso especialísimo que tiene relación con la ley de Reclutamiento.

„En una quinta de 120.000 hombres no habrá, seguramente, más de sesenta que se encuentren en el caso de los exponentes; y como la mayoría de edad del Rey ha de dar, como es costumbre tradicional, motivo para gracias é indultos, la gestión de que se trata, que además se informa en la equidad, no puede ser más oportuna, sobre todo si se considera que, aunque es un caso general, no representa ni el medio por ciento de los mozos sorteados.

„El caso es el siguiente: algunos mozos ó sus representantes, que ignoraban que el Banco de España no entendía que el último día de los plazos legales acababa á las doce de la noche, se presentaron ya con los documentos de Hacienda en las sucursales del Banco de España á hacer el pago á las seis de la tarde del día 31 de Enero; no les admitieron el metálico, y aunque acudieron en instancia al día siguiente, solicitando que, como otras veces, se les admitiese el pago, sobre todo habiendo probado los hechos que aducían, de Real orden se les ha denegado, y ahora solicitan, ó que se les admita el pago para ser redimidos, ó, y si esto no es posible—que parece que sí debe ser,—por lo menos que á los que estén comprendidos en este caso, y por haberse creído redimidos no se hayan presentado á tiempo en sus respectivos cuerpos, se les quite la nota de desertores y la penalidad que esta nota lleva aneja.

„Parece la cosa tan equitativa y es la ocasión tan á propósito, que llamamos sobre este asunto la atención del Gobierno y de nuestros colegas de Madrid y provincias, si entienden abonadas las razones que alegan los interesados.”

CAGLIOSTRO.

EN SEMANA SANTA

Mi madre, en su devoción,
me enseñó siempre á adorar
la Semana de Pasión,
y al toque de la Oración
voy al templo á meditar.

Inclino allí mi cabeza
abatida y soñadora,
y con amarga tristeza
el altar me dice: "reza"
y la Cruz me grita: "llora."

Me finjo allí la agonía
del Señor de los Señores;
recuerdo á la madre mía...
y no pienso en mis dolores
ante el dolor de María.

ANTONIO GRILO.

CURIOSIDAD LITERARIA

JESÚS I

Sobre los muros de Sión paseaban soldados extranjeros. ¡Ay! el arpa melancólica de los Profetas lo había revelado con inspiradas vibraciones. ¡La mano gentilica de Roma, con la presión inmensa de todo un mundo sujeto al maravilloso providencial poderío de la grey del Lacio, había tocado á las puertas de la ciudad de los Davides y los Salomones; y las puertas habían cedido, rechinando lúgubres! ¡El pueblo de Daniel ya no lloraba en las márgenes del Éufrates y bajo los espléndidos y dilatados jardines de la populosa Babilonia su amargo cautiverio y la destrucción del templo de Jerusalén; pero Judá, la Judá de los Profetas, doblaba temerosa y abyectamente la cerviz, escuchando el nombre de los Césares! ¡Los fariseos, aquellos hombres en quienes el orgullo estaba personificado, lejos de oponer una voluntad enérgica á los mandatos de Roma, recibían con sonrisa adulatoria las legiones que desde el Tíber habían ido á dictar leyes humillantes en las enristecidas márgenes del Cedrón! Cumplíanse las profecías.

Las tribus israelitas habían prevaricado. Las leyes que Moisés recibió del Cielo sobre la cumbre del Sinaí, yacían olvidadas de casi todos los espíritus. Las sublimes Déboras, las heroicas Judiths, las Esther pudorosas, ya no existían: ¡Judá tenía Magdalenas!... En el recinto del Templo, donde había resonado el entusiasta cántico de Zacarías *Benedictus Dominus Deus Israel*, se escuchaban solamente las invocaciones orgullosas de los fariseos, las hipócritas plegarias de los escribas y ¡hasta el infame regateo de usureros mercaderes!

Igual corrupción laceraba la existencia de todas las demás Naciones.

Una idea nueva, naciendo en las orillas del Jordán, iba pronto á extenderse por el mundo, con el prestigio inmenso de un Dios sacrificado, en su holocausto. La paz universal, mil veces profetizada por santos hijos de las tribus bíblicas, había sido escogida por el Dios-Hombre para su venida al mundo, como símbolo de su predicación divina de amor y de pureza; y parecía que el universo concentraba toda su atención, su deseo todo, en aquella idea, que humilde brotaba de Nazareth y había de cubrir con su resplandor todas las regiones y todos los siglos.

Jesús era el misterioso novador. Para dar autoridad á su doctrina no apareció ante los judíos con la pompa que deslumbra los sentidos, no: los doctores no le habían iniciado en la ciencia; sino que, Niño desconocido para ellos, había excitado su asombro con una sabiduría prodigiosa: las moradas de los potentados no habían escuchado en su marmóreo pavimento el suave

1 Este artículo es fragmento de un trabajo literario publicado en el año 1865, y cuya dedicatoria fué aceptada con placer por uno de los más virtuosos é ilustres Príncipes de la Iglesia española en el siglo XIX, Cardenal Fr. Joaquín Lluich y Garriga, fallecido cuando era Arzobispo de Sevilla.

ruido de la cuna en que el Niño fué mecido: que un humildísimo pesebre fué el reclinatorio de aqual Ser, más excelso que todos los demás seres. Para difundir su idea, la buena nueva, la filosofía sublime, jamás hasta entonces predicada, no buscó el aparato de fastuosas asambleas, no estableció su cátedra en aulas magníficas, enaltecidas por las prerrogativas y el aparato del poder, no: lejos de eso, corrió de aldea en aldea, buscando á los sencillos, se rodeó de los humildes, y no tuvo otro apoyo, para que prevaleciese su doctrina, que el ejemplo continuo de sus virtudes y la práctica incesante de la moral que enseñaba. Ya su Madre, la Virgen gloriosamente purísima, profetizó un día, en ardiente y brillantísimo cántico, qué misión iba á ser la de Dios-Hombre que llevaba entonces ella en su inmaculado seno: abatir á los soberbios y glorificar á los humildes: *Deposuit potentes de sede et exaltabit humiles*.

Pero esta filosofía, cuyo fin sacratísimo, religiosamente considerado, era redimir los espíritus del mal, en que ellos mismos se constituyeron, y lavar la mancha de la culpa y restituirlos purificados al bien; esta filosofía, cuyo fin social era elevar al débil, *suscitans a terra inopem*, y romper las cadenas que oprimían á los pueblos; esta filosofía, que proclamaba una igualdad absoluta de derechos y deberes entre todos los hombres, al decir "no hagas á otro lo que no quieras que te hagan"; esta filosofía, cuyo lema era el sublime "amaos unos á otros", y no sólo unos á otros como quiera, sino á "vuestrós enemigos"; esta filosofía, que proclamaban como el mejor timbre de nobleza, no el rico nacimiento, no la majestad ficticia del poder, sino la humildad de las virtudes; esta filosofía suscitó las iras de los magnates judíos, que creyendo su felicidad en las grandezas terrestres, esperaban al Mesías revestido del fausto y del poder, no envuelto en el sencillo ropaje de un hijo de los pobres; ¡y Jesús murió en patíbulo afrentoso! La moral divina, la filosofía regeneradora, las máximas humanitarias, la ciencia esplendorosísima, las excelsas virtudes que predicaba en los oídos del mundo, debían, para glorificar su magnífica grandeza, sellarse con el más sublime de cuantos martirios conocieron, conocen y conocerán los siglos. La Cruz se alzó sobre el Gólgota; y la Cruz fué desde entonces venero maravilloso de gloria, de sabiduría y de ventura para todas las generaciones.

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ.

ARTISTA Y SANTA

Dos coronas.

Una á tus plantas la tributa el hombre
en fervoroso arranque;
otra Dios te la dió, y orla tus sienes
con lirios celestiales.

La del hombre deslumbra, la divina
el corazón atrae;
la humana es humo, la de Dios emblema
de goces inefables.

Aquella te alza al templo de la fama,
ésta los cielos te abre;
si eres por una, musa del Olimpo,
por la otra eres un ángel.

E. R. DE S.

DUQUE DE RIVAS.

PASCUAL

Así como unos son rubios y otros son morenos por naturaleza, los hay que no pueden hablar sin emplear figuras más ó menos retóricas, pero sin darse cuenta de lo que hacen, como le ocurría al héroe de Molière.

Conocí yo á un D. Pascual Sánchez, el hombre de

aspecto más feroz y de espíritu más inofensivo que ustedes pueden figurarse; que era, y es, porque todavía vive, el más aficionado á la parábola y al símbolo que seguramente existe en el planeta.

Alto, cetrino, con enorme bigote negro, chato, con gafas, el pelo traído hacia delante por los lados, vello-sas las enormes manos, y saliéndole por la nariz y las orejas materialmente cuatro pinceles de robusto cabello, D. Pascual tiene aspecto entre jefe de policía ó cabecilla carlista, y era muy á propósito para infundir pavor al que sólo juzgase por las apariencias.

Sánchez, que ni se había mezclado en política ni había servido en vigilancia, puesto que sus aficiones eran tan tiernas y tan dulces que se había dedicado á confitero, sobresaliendo en la confección del cabello de ángel, jamás hablaba de la manera corriente y usual que solemos hablar todos los mortales.

Así, por ejemplo, el 21 de Febrero se rompió una pierna, que le hizo guardar cama quince días. Cuando hablaba de este hecho notable de su vida, decía á sus amigos:—Por San Félix me entablillaron ésta (golpeando el muslo de la pierna derecha).

En sus labios las más insignificantes noticias revestían siempre el aspecto pavoroso de un problema tremendo. Para manifestar que unos ladrones habían querido detener un tren en Cataluña, y que no lo lograron por haber disparado la pareja de la Guardia civil que iba en el furgón de cola, decía:—En el Principado, las gavillas quisieron detener el tren; disparó la fuerza pública, y parece que les ardió el pelo.

Un día, en el otoño, que su mujer le instaba para que sacase la capa, porque empezaba á hacer frío, contestó:—No me pongo la capa hasta que no llegue la época de ir al Pardo á coger bellotas (quería hablar del 15 de Noviembre).

Hablando de trastornos políticos que parecían inminentes, exclamaba:—Las campanillas del santo patrón de Madrid hemos de oirlas al compás de la pólvora.

Á sus hijos, tenía dos, les manifestaba que les llevaría al teatro *en la época del pavo*.

Cuando quería recordar un hecho que ocurrió en 1.º de Noviembre, solía decir:—Por difuntos me pasó tal cosa.

Á todos los Pepes que trataba, al llegar Marzo les decía:—No olvidaré el día del Patriarca.

Para él todo era monumental, frase de que abusaba de un modo ídem.

—Ayer, decía, he concluido un ramo de dulce; un regalo que hace un buen peje de la Beneficencia, amigo mío, á otro suyo que lleva el nombre del Evangelista (estamos en 23 de Junio), que es un plato monumental.

El último discurso que ha hecho cierto político es monumental; los dramas de Echegaray son monumentales.

En fin, para decirlo de una vez, la fachada del Hospicio de Madrid le parecía también monumental.

En una ocasión, á un su amigo á quien habían dado una grito haciendo *El puñal del godo* en una sociedad de aficionados, dijo que había sido monumental, lo que le produjo una bofetada del mismo género, que, á pesar de su aspecto, se tragó; porque, como él decía, "la culpa la tiene quien habla con personas que no conocen el valor de las palabras".

Pascual es también misterioso y extraordinariamente suspicaz.

Para manifestar á un compañero de taller que otro va á ser despedido, le dice muy bajito:—Hay una cosa grave: el maestro va á poner en la del Rey á Eusebio. Esto es monumental.

Cuando todos están enterados de las cosas, él, con aire de profeta, con mucho misterio, y como quien hace una gran confianza, las cuenta al oído; y si le manifiestan que ya las conocen, se cree ofendido, y dice:—Mía es la culpa, por meterme en camisa de once varas.

Es dado á los refranes, y, más que á ellos, á las frases hechas vulgares, cuanto más largas mejor, que sirven para explicar un pensamiento que podía explicarse en dos palabras.

Así, por ejemplo, para manifestar que ha tenido tercianas dice:—Cuando tuve las que no cura ni el Padre Eterno, me atraqué de quina, y desde entonces estoy tan irritado, que no me haría de licor del Lozoya.

(Ha oído decir, refiriéndose á las tercianas, que las del verano las cura el cirujano; las de otoño, el demonio; y las de invierno, ni el Padre Eterno.)

Al vino le llama horchata de cepas; á la taberna, la ermita; á la conversación, jarabe de pico; y á la forma con que robustece los argumentos que hace á su parienta, esencia de fresno.

Para indicar una dirección determinada en Madrid, rara vez nombra las calles. Así, por ejemplo, para enseñar á un forastero el camino directo para ir desde la Castellana á la estación del Norte, le dice:—Sigue usted todo Recoletos; y por donde estaba la tapia de las Salesas, llega usted á lo que fué Inspección de Milicias; sigue usted la calle de Alcalá, y al llegar á la Puerta del Sol, se mete usted en la del Arenal, junto á la casa del Conde de Oñate; llega usted al Conservatorio, y por Caballerizas y los Ministerios va usted á la Puerta de San Vicente.

No hay ejemplo de que un solo forastero haya acertado por estas señas, que, sin embargo, á Pascual le parecen inmejorables, sin duda por lo monumentales.

Si juega á la lotería, se considera desgraciado, y dice que *por poco se le escapa la suerte*, cuando por tres millares, cinco centenas y diez unidades no le cae el premio grande.

Cuando va á fumar dice que va á *echar humo*; jamás va á comer, sino á *hacer por la vida*; no siente que los años pasen, sino que va *camino de Villavieja*; para manifestar que tiene reuma, sostiene que está *hecho un barómetro*; sabe que va á llover porque le duele un callo; masca difícilmente, porque ha perdido cinco muelas; y para lamentarse, asegura que tiene *el molino descompuesto*; nunca dice que le duele la cabeza, sino que *no quiere ser buena*; aconseja á su mujer, para tener la casa en orden, mucho *jabón de muñeca*.

Una vez que estuvo muy enfermo, decía que *se las tocaba*; cuando urge terminar un plato ó hacer unas arobas de acitrón, manifiesta que es necesario hacer el trabajo *por la posta*; si duda del éxito del negocio de algún amigo, exclama:— *Ya se lo dirán de misas*;— y para concluir, siempre que cambia el Ministerio le parecen los nuevos Ministros *los mismos perros con diferentes collares*.

JUAN VALERO DE TORNOS.

DESENGAÑO

En pos de la verdad, con ansia impía
corrí desatentado;
pero, alcanzada al fin, ¡cuánto daría
por no haberla alcanzado!

FEDERICO BALART.

NECROLOGÍA

DE

Don Manuel Silvela y de Le-Vielleuze

ACADÉMICO DE NÚMERO

(Conclusión.)

En medio de las graves preocupaciones políticas que absorbieron tan poderosamente su atención en el Ministerio de Estado en 1869, halló tiempo para plantear las bases de un concierto internacional sobre derecho privado, para el que obtuvo apoyo decidido del Ministerio Olivier, y que hubiera constituido un progreso considerable en este orden de relaciones jurídicas, cada día más necesitadas de reglas fijas á que ajustarse; pero suscitóse contra él fuerte oposición en las preocupaciones rutinarias y desconfiadas de la alta magistratura francesa, resistiendo á otorgar reciprocidad en la fuerza de las sentencias, y llegando á afirmar, con no bien justificada presunción, que "reconocer igualdad de valor á sus ejecutorias con las extranjeras les exponía á cambiar la moneda legítima por la falsa."

Tras el fracaso de la candidatura alemana surgió la del Príncipe Don Amadeo de Saboya, y con ella cumplió sus compromisos políticos Silvela, votándola y prestándole su concurso como Diputado; pero sin fe en sus destinos, arrastrando penosamente sus desengaños, y preocupado su espíritu por los temores de perturbaciones aún más hondas que las sufridas, y reacciones violentas, que receblaba fueran su natural desenlace.

No aceptó posición oficial en la nueva monarquía, pasó largo tiempo reponiendo su quebrantada salud en el extranjero, y cuando la Restauración quiso reunir á los monárquicos parlamentarios de todas procedencias, trabajó Silvela activamente para lograr tal intento cerca de sus amigos los conservadores de la Revolución, prestando á Cánovas su concurso resuelto en aquella obra de amplia conciliación de ideas é intereses, y ocupando puestos en el Consejo de Estado y después en el Ministerio, y por último en la Embajada de París, ya sin las aspiraciones grandiosas de 1869, resignado á la inofensiva literatura de notas y despachos, y al amable comercio de visitas, condecoraciones y banquetes, asignado como finalidad capital á nuestra modesta Cancillería en el mundo diplomático.

Disponiendo de palabra elocuente y persuasiva, de ingenio peregrino, así para la conversación como para las luchas periodísticas, con natural inclinado á servir á sus amigos, electores y allegados, desplegando en ello actividad extraordinaria é incansable, popular entre la juventud, que le eligió varias veces Presidente de la Academia de Jurisprudencia y Decano del Colegio del Abogados, parecerá extraño no tuviera D. Manuel Silvela en nuestra política alguna jefatura de grupo, partido, fracciones, tendencias ó concentraciones, de esos que se atribuyen este ó el otro grado y jerarquía, y á sí propios se declaran y dipután grandes corrientes de opinión hacia la derecha ó la izquierda, según mejor cuadra al capricho de su respectivo caudillo.

Sin duda que excedía en mucho su valer y superaban por demás sus facultades, á aquello que basta para ocupar tales alturas en España; pero su espíritu y su gusto le llevaban á una libertad de acción, á una independencia para su vida y sus amistades, á un individualismo práctico que no se conciliaba con las esclavitudes morales y materiales á que por lo común están sometidos, no, como vulgarmente se cree, los que obedecen, sino en mucho mayor grado los que mandan; y como no gustaba de sujetarse por completo á nada ni á nadie, contó con muchos y buenos amigos, pero nunca tuvo prosélitos.

Una afeción cruel, debilitando sus facultades mucho antes de nublarlas por completo, le apartó de la política activa y de las tareas del foro, y los últimos esfuerzos de su pluma, como la despedida á sus amores literarios, fueron aquellos delicados artículos firmados *Juan Fernández*, con que contestó á las diatribas lanzadas en la prensa contra el Diccionario de la Academia, en los que las citas copiosas y erudición variada sospecho si no serían todas suyas, pero abriantadas por la gracia fina y las observaciones discretas de la realidad y la ingeniosa exposición del buen sentido, con aquella *difícil facilidad* de los mejores días de su juventud.

El acabar de su vida fué bien triste para él, y más aún para los que habíamos gozado á su lado con la incomparable amenidad de su conversación, siempre ingeniosa, variada, llena de observaciones agudas para revelar en cosas y personas las líneas que despertaran imágenes risueñas, acertando á extraer de las materias más áridas una substancia sabrosa, como los hábiles químicos, que de los trapos viejos y la anea de las sillas, saben obtener el alcohol y el azúcar.

Una parálisis progresiva fué invadiendo su cuerpo y su espíritu y apresurando en ellos la decrepitud; concentró los últimos alientos de su alma en las atenciones del decanato del Colegio de Abogados, donde el respeto y la afeción de sus compañeros le mantuvieron hasta su muerte, y en las sesiones de esta Academia, que tienen la virtud de retener el interés y el afecto en los postreros días de la existencia, como los vínculos de un segundo hogar, y murió rodeado de una familia que le idolatraba, el 15 de Mayo de 1892, cuando puede de-

cirse que hacía ya algunos años había dejado de existir.

Sirvan estas líneas, inspiradas en un cariño fraternal, engrandecido con la gratitud de un hijo por lo mucho que le debí en los comienzos de mi vida, de tributo á su memoria, bien pobre en sí mismo, pero que recibirá alto valor si lo acogéis con benevolencia y le otorgáis un lugar en vuestros anales.

FRANCISCO SILVELA.

JUDAS

SONETO

Al lugar de los duelos infinitos
un ánima bajó desesperada
y en ayes de furor rompió á la entrada,
su infortunio al mirar y á los precitos.

— ¿Quién interrumpe con extraños gritos,
cuando la Cruz aún está clavada,
el silencioso horror de esta jornada?
— preguntaron los ángeles malditos. —

— ¡Judas! el que hizo, de avaricia opreso,
que la sangre del Justo se derrame.....
¡Cielos y tierra y sol tiemblan por eso!

El que por oro dé lo que más ame;
el vill... — dijo Satán, y dióle un beso
y se apartó con tedio del infame.

ANTONIO ALMENDROS AGUILAR.

CONCRETAMOS

¿Para qué fines fué creado el hombre? Para los de engañar ó ser engañado.

Desde la fruta con la cual fueron engañados nuestros primeros padres, hasta el, por hoy, último cartucho de perdigones endosado como de monedas, todo le ha servido á la Humanidad para timar ó ser timada.

¿Para qué le fué concedido al hombre el don de la palabra? Ya lo han dicho otros, y yo me limito á recordarlo: para disfrazar sus pensamientos.

Desde Caín, negando haber visto á su hermano después de asesinarle, hasta los políticos atribuyendo la última crisis á la circulación fiduciaria, necesario ha sido, y es y será, aceptar las palabras como componentes de los logogrifos que ocultan los pensamientos.

Digo todo eso con motivo de la información acerca de las cuestiones sociales; no me refiero exclusivamente á la de GENTE VIEJA, sino á la realizada en todo el mundo. Pontífices, Prelados, sociólogos, escritores nacionales y extranjeros han convenido en que todas aquéllas pueden solucionarse *haciendo justicia*.

Me consta que siempre se ha usado *eso* mucho en las palabras, pero en los hechos en bien contadas ocasiones; *decir justicia* puede ser para el vulgo sinónimo de *hacer justicia*; para los que han leído, visto algo y vivido bastante, lo primero sólo ha servido, sólo sirve y sólo servirá para ocultar el propósito de negarse á lo segundo; tanto, que para tener idea de las dimensiones de la mansión de los bienaventurados basta considerar que en ella moran ó han de morar los que hayan tenido, tengan hoy y lleguen á tener en lo sucesivo *hambre y sed de justicia*.

Nadie cree en ésta; nadie manifiesta haberla conocido; según su temperamento, unos se mofan de ella asegurando que es lo que de *cinco quieren tres*; otros la motejan diciendo que deja al agraviado en cueros y en camisa al favorecido, y á otros tal terror infunde que, como el Adán del cuento, huye al solo anuncio de su llegada.

Se dice *justicia* desde la creación; no se *hace justicia* desde la misma fecha. Por no hacerla entonces, Dios llegó á arrepentirse de haber creado á los hombres que

la negaban; nosotros hemos de arrepentirnos de consentir Paramentos cuya labor legal sólo se impone a los desheredados.

Hay prueba evidente de que *no se hace justicia*; todos piden que se haga; nadie pide lo que tiene; luego todos convienen en ser verdad cuanto consigno; como se pide hoy, se ha pedido siempre; luego siempre se ha necesitado; luego *no se ha hecho* nunca. Si fuera amigo de hacer alardes de erudición, podría autorizar mis argumentos con textos de las Sagradas Escrituras y citas de los Concilios, de los Santos, de los sabios de todas las edades, porque en todas se ha perorado en el mismo sentido y siempre las peroraciones han sido infructuosas.

Cierto es que hemos progresado. Convenimos en que el primer indicio de que los actos sean *justos* consiste en ceñirlos al cumplimiento de las leyes, reformando éstas cuando la ciencia ó la experiencia lo aconsejen; hoy no se ciñen á ellas sino los de los *bienaventurados* que obedecen, y lejos de infamar á los conculcadores los apellidamos *ilustres*. Hacemos con ellos lo que se practicaba siglos há con los malos Sacerdotes, lo que hacía exclamar á San Juan Crisóstomo: «¿Hay algo más inicuo que ver unos hombres perversos y cargados de vicios honrados por aquellasmismas cosas que debieran atraerles el castigo? ¡Por lo que les hace más indignos de atravesar los umbrales de la Iglesia!» Así estamos de progreso; los santos que protestaban ya no existen; los perversos se han multiplicado; el no hacer justicia continúa. El Estado y los que se apellidan clases directoras creen que *hacer justicia* es someterlo todo á la acción de la fuerza; los obreros creen que *hacer justicia* es impedir que trabajen los que deseen hacerlo; estiman los Gobiernos que *hacer justicia* es hacer su voluntad con la ley ó contra la ley.

Con tales antecedentes, investiguemos si hay modo de obtener lo que no existe; estudiemos los procedimientos para buscarlo.

El bracero pide justicia al patrono, éste se la niega; acude á la autoridad, y le contestan: «eso es cuestión privada, entiéndase usted con el patrono»; se insurrección y lo apalean, se defiende y lo fusilan. La fuerza ha resuelto la cuestión.

Otro bracero quiere trabajar; los demás se lo impiden; insiste y lo maltratan; insiste más y lo asesinan. La cuestión se ha resuelto por la fuerza.

Agredido un patrono, pide amparo; se lo dan si hay fuerza para ello; si no la hay, se queda sin defensa. ¡Tener previstos medios eficaces de protección que hagan la fuerza innecesaria! ¡Locura! Todo debe solucionarse violentamente; si es posible se soluciona por serlo, y si no lo es, por no serlo no se soluciona.

Se querrela el ciudadano de una autoridad local; y el jefe de la provincia pide informe al subalterno; éste calla y el jefe olvida; queja al Ministro por la pasividad del jefe; pídesese informe á éste, el cual reitera la petición al subalterno, que sigue callando como olvidando el otro, y el Ministro en espera de nuevos recuerdos; acude el agraviado al Consejo de Ministros, y su instancia va al Ministro, y luego al jefe, y más tarde al subalterno; el silencio de éste informa y determina el silencio de los demás; el poder moderador dicen que no gobierna y el Parlamento lo subordinó todo al capricho ministerial. Resumen: unas cuantas peticiones de justicia leídas solamente por el primer prevaricador; ¿qué recurso le resta al querellante? ¿Cómo consigue éste ser reintegrado en su derecho? ¿Por la violencia? ¿Por la fuerza? Prediquemos en ese caso *que se haga fuerza* y habremos proclamado una cosa eficaz.

Pedir que se haga justicia y desdeñarla hasta el extremo de no escuchar nunca á quien la solicita, será la conducta del pasado, del presente y del porvenir; pero sólo sirven para nutrir odios, aconsejar venganzas, preparar hecatombes. Sirve también para propaganda de la anarquía, pues al observar las gentes cómo en ella comulgan, cómo sus propósitos practican quienes están en la cúspide social, deducirán sin duda que son tablas de la ley por Dios escritas las que tanto tienen en cuenta, las que tanto culto consiguen de los Moisés encarnados en el Sinaí donde se forjan siempre rayos y no se condensan nunca los elementos de lluvias bienhechoras.

No, no hablemos de justicia. Si no queremos practicarla, no la pongamos en la picota. Si la hemos de negar, no la proclamemos. Si queremos disfrazar nuestro pensamiento, mejor es callar. El silencio es menos vituperable que la sofística y gárrula locuacidad.

Y si hay alguno que pida justicia con arrepentimiento sincero de no haberla ejercitado y con propósito de la enmienda, dedíquese á enseñar á los ignorantes como yo la manera de *hacerla*, no el modo de pedirla; el procedimiento para encontrarla, no el medio de coleccionar todas las baldías peticiones que de ella se han formulado desde los siglos más remotos hasta los momentos presentes. Enseñar al que no sabe, es sublime obra de misericordia.

DANIEL BALACIART.

ARCOS DE LA FRONTERA

I

Un siglo, y otro, y otro convertidos en polvo huyeron ¡ah! con su memoria. Héroe de la Edad Media ¿dó sois idos? ¿qué resta ya de vuestro esfuerzo y gloria? De escombros un montón; ecos perdidos de hechos y razas que glosó la historia; ó ya en la cima de un peñón á trechos antiguos nidos de águilas, deshechos.

Aun imponentes las ruinas viven del coloso que ayer fuera un castillo, y en la eminencia cónica describen torres, almenas, fosos y rastillos. Del mundo apenas el rumor perciben; visitanlas el buho y el cuclillo; y la noche, al reinar entre tinieblas, las vá envolviendo en su cendal de nieblas.

Allí la Fada de los tiempos mora... allí la musa del silencio inspira... Como pasa la luz que campos dora, una generación nace y espira.

Pero la misma muerte en que se llora no agranda el genio más que hizo á Palmira y sobre piso deleznable, incierto, las pirámides puso en el desierto? ¡Oh genio humano! Tus ciudades bellas, tus templos, tus alcázares; la pompa de tu eterno trabajo; esas querellas, siempre anunciadas por guerrera trompa, orgullo vano son, rumores, huellas, que aunque otro poderío olvide ó rompa mañana, poco importa al monumento, si de enseñanza sirve y escarmiento.

II

Y al contemplarte ¡oh castillo! sobre ese Tajo terrible, cuya Peña en son medroso lame el Guadalete triste, una idea melancólica nuestra admiración reprime, idea que tras la muerte la nada solo percibe.

¿Qué se hicieron tus alcázares, qué tus bravos adalides, aquellos de sangre mora, con sus zambras y leñes? ¿Qué tus señores feudales, los de lanza siempre en ristre; qué las tus hermosas damas, cristianas de rancia estirpe?...

Ora en tus almenas rotas se cuelga el Levante y gime, mientras que á tu pie se agita del río la superficie.

Labrado para la guerra, campeón de tus confines, y avergonzado de verte en inacción tan humilde, todavía contra el ronco viento, pretendes batirte.

Bien haya tu arnés de piedra, tu yelmo abollado y firme, la tu cimera rompida, que prueban que hubiste lides, al contemplarte ¡oh, castillo! sobre ese Tajo terrible, cuya Peña en son medroso lame el Guadalete triste.

III

¡Rey de la altura en medio del vacio! ciñe á tu frente por triunfal diadema de San Cristobal el peñón sombrío y la sierra en detal de Grazelema: ¹ recréete ese sol del rojo estío que, con su lumbre generosa, quema el verde huerto, la fecunda viña y los paisajes mil de la campiña.

M. DE LLANO PÉRSI.

DEL LIBRO INÉDITO

ESCENAS DE LA VIDA

OTRO CONTRATO

Enrique era un hombre eminentemente *práctico*. Y entendía la práctica á su manera.

«Los hombres—decía—vienen obligados á vivir según *contrato*. Yo me he contratado de serio, de formalote, de necesitar las cosas terminantemente expresadas, muy claritas, y no entiendo, dentro de mi brusquedad, esas palabras de doble significación..... te adoro como un loco, fieramente, como hago todo..... te lo digo sin ambages: ¡no sé llamar las cosas más que por sus nombres!»

—Pues cree, hijito, que *eso no te favorece*—contestaba Maruja Robledo, tipo opuesto al de su pretendiente.—Eres demasiado brusco para que gustes..... mira que á mí me gustan los hombres brutos..... pero tú..... ¡tú eres demasiado!

—No os comprendo á las mujeres—un mamarachillo flaco y macilento, oliendo á opoponax yapestando á tonto, os vence en seguida..... Un hombre, hombre, sin insustancialidades en la forma ni en el alma..... ¡ese es un bárbaro!..... Pues querida, ¡yo soy así! Y para demostrártelo más aún, voy á tener contigo una confianza de las que tú llamas *brutales*.

Aunque somos hombres al mismo tiempo—seguía Enrique—te llevo muchos años.

—Adiós, agüetele—y sonreía Maruja con la risilla más retozona y más provocativa de las que usaba para su *Enrique*, como le llamaba en sus adentros.

—No, si te ríes, me río yo y..... no me decido; te digo lo que le decía la otra tarde uno de mis obreros á su mujer: «Si la tomas por.....»

—¿Pero las mujeres de los obreros viven también *allí*?

—Sí, Maruja; *ellas* tienen mucho amor á sus maridos y ¡mucho corazón!

—Tomas un aire..... ¡cualquiera diría que piensas que yo no lo tengo!—y comenzó á hacer pucheritos encantadores.

—Yo qué sé, hijita; no te lo he visto nunca.

—El corazón no se ve..... el corazón es.....

—Una entraña, como los riñones.

—Eso será el tuyo, sí, señor; el tuyo, que eres un marmolillo; pero el corazón de las personas es..... así como una gasa de humo muy azul y muy perfumado, que vuela, volando, volando, ¡hasta encontrar otro humo que se funda con él!—y clavaba en Enrique sus ojales azules más brillantes que nunca.

—Vamos, no me mires, María, y háblame todo lo que quieras hablarme..... *porque estás queriendo*.....

—Suéltame la mano; para hablar no hace falta

¹ En perspectiva suelen experimentarse efectos sorprendentes; y la ilusión es tal, que muchas veces objetos distantes entre sí se acercan y confunden, formando un mismo cuerpo en el espacio. Y esto es lo que sucede cuando desde ciertos puntos descubre el viajero, casi en la región de las nubes, el castillo de Arcos de la-Frontera, y con él juntamente, coronándole, la Sierra y el Peñón mencionados, no obstante la diferente y lejana situación topográfica de unos y otros. Por lo demás, la población de Arcos es singularísima; apenas si se vé, aun despues de un difícil acceso. ¡Qué calles y qué casas! Por aquellas no pueden rodar carruajes, y gracias que con trabajo sumo anden los caballos, pues en algunas hay graderías con no pocos escalones, y en otras un mal trazado lebrero prohibiendo pasar á las gentes en los días de viento... (¡Y el viento es allí una novedad diaria!) Pero la construcción ó situación de las casas sobre todo, es lo que mas asombra: hay edificios que parecen imitar las diversas actitudes de Terpsicore, y no es muy raro ver que pade ganado encima de la techumbre de alguno de ellos. Si el diablo en un momento de buen humor, hubiera querido meterse á arquitecto, de seguro no habría construido una población tan caprichosa y fantástica. Aquello asemeja tan solo una ciudad de náipes tirados á la ventura sobre la Peña en que se sostienen sin duda por arte mágica ó como anomalía sublime en su género. — (Nota del Autor.)

tocar, ni apretar, so bárbaro, de ese modo..... mira, me has hincado el brazalet.....

—Si sigues haciéndome guñitos, lo que te suelto es.....

—¡La brutada de que hablábamos!

—¿Ves cómo lo deseas?

—¿Yo? ¿Y yo qué sé lo que puede decirme mi agüetele?..... Dame algún consejo..... avisarme que la dignidad padece si se escurre uno con una espontaneidad cualquiera que no esté contratada; decirme que no está bien entender lo que no se oye.....

—Sí, Maruja, eso; lo que no se oye, ni se sabe, ni se cree..... ¿Quieres la brutada?..... ¿Sí?..... Pues ¡que me quieres con toda tu alma!, pero que te da vergüenza que tus amiguitas y tus amigos te vean enamorada de un hombre que usa cuello bajo, calzones de tres modas atrasadas.....

—¡Enrique!

—Sí, tontina—insistía exaltado,—sí, lo comprendo y hasta lo encuentro justificado..... ¡Te han educado así!..... ¿Ves? ¿Ves cómo no te disculpas?..... ¿Lo ves?

—¡Por Dios, Enrique, suéltame el brazo, que estamos en el balcón!

—¡Ocuparte hasta del vecino cuando un hombre te confiesa que sufre horriblemente por tu amor, un hombre á quien adoras; porque tú no te das cuenta, pero me adorarías si yo tuviera un buen sastre!

—No me querrás tanto, porque el remedio es bien fácil.

—Fortuna me sobra para envolverme en lacitos rosas y pielecitas de armiño..... pero te hacía el favor de suponer que no sujetaras cosas tan grandes.

—¡Pero Enrique!

—Déjame ya. ¡Lo de menos sería hacerme un fantoche! ¡Lo doloroso, lo tremendamente doloroso es que tú me necesites así!

Yo te amo inmensa, inmensísimamente; pero jamás tornaré á repetírtelo..... ¡Hoy me has convencido de lo que vales!

—Enrique brusco, pase; pero eso..... ¡eso es una grosería!

—Soy así, y para no molestarte..... adiós. ¿Ni aun me das la mano? ¡Bueno! Un nuevo contrato: desde hoy no nos saludaremos.....

Enrique cruzaba la calle con paso ligero y la vista fija estúpidamente en las puntas de sus pies; de súbito se volvió maquinalmente á mirar el balcón, donde dejara entera su alma.....

Maruja, con las dos manos, y chasquido imprudentísimo, le enviaba su alma entera también..... él corrió bajo el balcón á recibirla, y entonces ella, confundida, con la respiración anhelante y el color de la grana, se cubrió la cara con ambas manos..... ¡Dios mío! ¿Qué he hecho?

Enrique y María habían firmado su contrato de amor.

ALEJANDRO BHER

DEVANT SON CERCUEIL

Est ce vrai? Est tu morte? Ou bien tu vis encore,
Et pour nous, ma chérie, un nouveau jour éclore?
C'est toi même, ton âme, qui me parle partout;
C'est ton esprit, peut-être, dans les vagues dissous!
Lorsque tout seul, chez moi, au milieu de la nuit,
Eclate autour de moi quelque petit bruit,
Je me soulève en proie d'étrange frissonnement,
J'écoute, je cherche... hélas! c'est le souffle, c'est le vent!
Mais pourquoi est tu venue, toute seule, dans cet endroit?
Est que l'amour, encore, t'entraînait dans ses lois?
Qu'as-tu fait, dans dix ans? Quelle était ta pensée?
Est que tu pouvais croire que je t'eusse oubliée?
Tiens! Dans ce temps-là, quand ton front sur mon front,
Nous parlions de bêtises, sur le brun et le blond,
Je t'aimais (et tu sais comment je sais aimer),
Et maintenant je t'aime, peut-être sans y songer!
Je vois que du moment où ton âme s'enfouit
J'exprime quelque chose effrayante, inouïe!
.....
Je voudrais t'arracher aux horreurs du tombeau,
Et vivante, à genoux, t'adorer de nouveau!
Viens, allons, saute, descends, fait, donc, ce qu'il faut faire;
Partage avec moi cette folie amère!
Tu ne puis point! hélas! eh bien, tu le savais,
Alors même qu'en mourant ton âme me demandait!
Crois-moi je n'eus le temps; tu m'as laissé ici bas,
Depuis lors mon esprit ne songe qu'au trépas!
Je suis tout entouré de ton cher souvenir,
J'y tiens, oui, c'est vrai, j'y tiens... pour souffrir?
Pas de soulagement, oh! crois-moi, pas le moindre,
Que je voudrais mourir, pour aller te rejoindre!!

FÉLIX DÍAZ GALLO.

Madrid, 4 Avril; Biarritz, 30 Juillet 1878.

BIBLIOGRAFÍA

La *Psicología contemporánea*, por el Profesor italiano GUIDO VILLA, es uno de los libros más importantes que se han publicado recientemente, habiéndose traducido ya á varios idiomas; entre ellos, al inglés y al alemán.

La edición española está notablemente corregida por el mismo autor, resultando, puede decirse, un libro muy superior á la edición italiana, dadas las modificaciones introducidas por su ilustre autor.

La *Biblioteca Científico-Filosófica*, de la que forma parte esta obra, ha encomendado la traducción española á nuestro eminente filósofo Sr. González Serrano, quien ha hecho una esmerada traducción, realizando con su ilustre pluma el valor intrínseco del libro.

Forma un volumen en 4.º de más 600 páginas, esmeradamente impreso, y se vende en todas las librerías á 10 pesetas cada ejemplar.

* *

La *vida eterna*, de Luis Calvo y Revilla, merece fijar la atención y revela desde luego el talento de su autor

y los profundos estudios que ha hecho sobre tan espionosa materia. Lo dedica á la memoria de su hermano el ilustre actor D. Ricardo Calvo. Se lo inspiró su último aliento, y hay en él un noble deseo de penetrar el arcano del más allá, problema insoluble que se presenta á la vista de los mortales.

Al contrario de Luis Bourdeau, Luis Calvo se complace en creer en la persistencia del Yo, y no sólo en su persistencia, sino en su perfectibilidad progresiva: cree que Dios es su límite, y, aunque no la enuncia en términos técnicos, revela que no desconoce aquella definición matemática que llama límite de una cantidad variable á una cantidad constante (Dios), á la que puede acercarse la variable tanto como se quiera, pero sin que jamás pueda llegar á serla igual.

¡Lástima que al desarrollar sus teorías sobre el infinito sostenga que no lo es el número de las moléculas y que, por lo tanto, podrán repetirse las formas de sus combinaciones, ó sea el individuo! Esto no es verdad: llámense átomos ó moléculas, son en número infinito y sus combinaciones infinitas también: al formarse tales combinaciones, jamás se repetirá la que una vez se formó y más tarde se deshizo: la vida, como el Universo, marcha siempre, y el derrotero de su marcha es en el infinito y hacia lo infinito: la tierra no describe todos los años su misma órbita, la elipse de un año no coincide en todos sus puntos con la del año anterior: todo el sistema planetario camina hacia la constelación Hércules.... en el instante en que una de las combinaciones de las moléculas se repitiese, en el instante en que un planeta volviera á recorrer punto por punto su misma órbita, la infinita marcha de la creación habría experimentado un retroceso y se haría añicos.... No hay una hoja de árbol que sea igual á otra exactamente.... no hay ser que, renaciendo, sea igual, sea idéntico, sea el mismo que antes existió.

También acaba de salir á luz el *Nuevo Diccionario Enciclopédico ilustrado de la lengua castellana*, por D. Miguel de Toro y Gómez, con la colaboración de D. Mario Roso de Luna: figuran en él todas las voces que contiene la 13.ª y última edición, 1899, del de la Real Academia Española, más de 54.900 palabras, 1.400 artículos enciclopédicos, 840 grabados, de los que 74 son de conjunto y 11 de una plana entera, 8 mapas y láminas en color, etc. El Diccionario biográfico contiene además 140 retratos.

La importancia de este Diccionario no necesitamos encarecerla: reducido á pequeño volumen, lo que no obsta para que su impresión sea admirable por lo clara; encuadernado con lujo, y conteniendo datos que no se encuentran fácilmente, es una verdadera joya que no puede dejar de tener á mano ningún hombre de letras ni nadie que se precie de correcto y de conocedor de lo que escribe.

Véndese al precio de 9 pesetas en todas las librerías.

ANTONIO VICO

La velada literaria celebrada en el Teatro Español en la tarde del 20 del corriente y dedicada á la memoria de Antonio Vico, fué verdaderamente notable y digna del gran actor cuya pérdida llora el arte.

El hermoso discurso del eminente Echegaray, leído magistralmente por Thuiller; las inspiradas composiciones de Sellés, Zapata, Cano, Cabestany, Bustillo, Oliver, Rueda, Mela y Manso, fueron á modo de corona de siempre vivas ofrecida al sublime artista, al genio de la escena, que tantos aplausos supo alcanzar con sus inimitables creaciones..... El selecto público que llenaba todas las localidades se sentía embargado de emoción..... "Ha muerto el arte español" —decía el ilustre Leopoldo Cano por boca de Donato Jiménez, cuya voz velaba el dolor más sincero..... Pero quizá, porque el arte no puede morir..... un mozo

de mirada de águila, de voz modelada armoniosamente, leyó los hermosos sonetos de Salvador Rueda con acento que electrizó á los espectadores..... Ese mozo es hijo del gran Rafael Calvo..... nieto de aquel D. José Calvo cuya vacante nadie ha llenado todavía...; al oírle palpité en todos los pechos una esperanza.

Matilde Moreno, Carmen Cobeña, que arrancó bravos entusiastas leyendo las décimas de Oliver, coronaron el éxito..... ¡Qué atractivo tan grande el de la juventud cuando es verdaderamente artista!... ¡Cómo el admirable instinto del público aprecia siempre lo que es verdaderamente bello!... GENTE VIEJA se sintió también subyugada.... La corriente eléctrica del buen decir, del sentimiento hondo, de la expresión enérgica, tocó sus fibras.... Rueda, Oliver, Carmen Cobeña, Matilde Moreno, Calvo, son gente joven..... llegarán á ser gente

vieja cubiertos de laureles.... Abrámosles paso, y que con Sellés y Cano y con Donato Jiménez, Thuiller y Agapito Cuevas, hagan pensar á nuestros viejos lectores que aún quedan días de gloria para el arte escénico español.

A continuación van todos los notables trabajos leídos, por el orden en que se verificó su lectura 1:

VICO

Triste deber; pero deber ineludible es este que hoy cumpla al consagrar un recuerdo de cariño y al pagar un tributo de admiración al que fué amigo queridísimo y artista prodigioso durante tantos años.

Al que ha sido gloria de la escena española y figu-

1 Los sonetos de Rueda no nos ha sido posible hallarlos, y lo sentimos.

rará por derecho propio en la Historia del Arte dramático.

Sí, Antonio Vico pertenece á la Historia, y su nombre quedará escrito en los anales gloriosos de la escena española.

Pero; ¡qué cruel es el destino de los actores; cuánto les cuesta conquistar un nombre glorioso, y de qué manera tan poco segura lo consiguen!

En las demás artes, mucho cuesta crear grandes obras y conquistar fama y aplauso; pero las obras quedan siempre. La creación del artista, ni se borra ni desaparece; antes bien, se acrecienta, y siempre está dando fe del genio que le dió vida.

El pintor deja sus cuadros; y en un lienzo, con unas cuantas pinceladas, deja en forma perenne los resplandores de su talento.

Quien lo ponga en duda, que mire al cuadro, y allí está la prueba, el testimonio, el objeto creado. Y pasarán siglos y siglos, y todo el mundo dirá: Velázquez, Murillo, Rembrandt, Tiziano, Rafael, Leonardo de Vinci.

¡Oh, éstos no mueren, en sus obras quedan, éstos son verdaderamente inmortales!

Ni la envidia ruin, ni la crítica venenosa, ni las pasiones ciegas, ni el cansancio del público, ni el olvido, pueden vencer al genio de la pintura.

Lo que conquista, conquistado queda; su inspiración jamás se desvanece; lucharon, sí, sufrieron, sufrieron acaso mucho; pero llegaron á vencer y su victoria fué definitiva.

Triunfaron del tiempo, triunfaron del olvido.

Otro tanto podemos decir del escultor; crea en mármol, ó crea en bronce; pero su creación es eterna, la piedra ó el metal son agradecidos y conservan en sus divinas formas la inmortalidad de su creador; y lo mismo podemos repetir para el arquitecto. Ved columnas, capiteles, frontones, bóvedas, templos, catedrales, un mundo de piedra que sacó de la nada el constructor proclamando su gloria y conservándola en materiales incorruptibles.

Y así, el lienzo y el color; la piedra y el bronce; el dintel, el mediopunto y la ojiva, todo lo que ha recibido forma artística, todo lo que ha salido del caos de las ideas á la luz del día y á la admiración de las gentes, pronuncia en cada momento con vibraciones de luz, con las curvas admirables de la forma humana; ó con los ritmos de piedra del monumento arquitectónico, el nombre de su autor; todo es así como un himno perenne á través de los siglos.

Que tales artistas procuren una vez, una sola, ser inmortales, y lo son para siempre.

Del mismo privilegio gozan el músico, el poeta, el escritor y el sabio.

Sus creaciones son más duraderas aún que si fuesen de piedra ó de bronce; un pergamino, un papel, unos signos, unas rayas, unas letras, y quedaron para siempre fijas en el tiempo las armonías, los versos y las ideas.

El que dude que Calderón y Lope fueron dos grandes poetas, que lea sus obras; el que quiera saber lo que fué Shakespeare, que lea sus dramas; el que dude de Newton, que procure aprender lo que él enseña, que escritos están eternamente en la tierra y en el cielo sus prodigiosos descubrimientos.

Todos estos genios y los anteriores, como hayan entrado una vez en el Templo de la Fama, allí se quedan, nadie puede echarlos.

Pero en cambio ¡qué suerte tan distinta es la del gran actor!

También fué creador maravilloso.

Lo ha sido Vico, y le habéis oído y aún me parece que resuenan en este recinto sus triunfos ¡y todos le aplaudieron frenéticamente en España y en América y sus creaciones son innumerables; no un cuadro, cien cuadros; no una estatua, cien estatuas; y creó monumentos de arte y esparció armonías humanas por este ambiente, y lo cuajó de resplandores y de tempestades; y de todo eso, ¿qué resta? ¿Dónde está? ¿Dónde se oye? ¿Dónde se ve? Hoy una emoción piadosa, un recuerdo de lejanas glorias; mañana el olvido, cuando pase esta generación; y al fin en la Historia del Arte un nombre; pero nada más que un nombre, y el asentimiento frío de la Tradición. Me parece que ya les

oigo: «Sí, dicen que fué un gran actor: dicen, dicen; nosotros no lo sabemos, no lo hemos oído, en la Historia del Arte Español está su nombre; pero nada más que su nombre.»

Figuraos que á Velázquez se le hubieran quemado todos sus cuadros: ¿qué quedaría de Velázquez? Una memoria pálida y la firma de algún crítico, á modo de firma de notario, dando fé de que fué un buen pintor.

Figuraos que á un escultor ó á un arquitecto se le hacen polvo sus estatuas, ó escombros sus templos: ¿qué quedaría de ellos? Nada, el polvo y el escombros.

Pues al morir el pobre Vico se le han quemado sus cuadros, se le han hecho polvo sus estatuas, se le han derrumbado sus bóvedas, toda su creación ha vuelto al caos. ¿Qué le queda hoy de la labor inmensa, sublime, prodigiosa tantas veces; de treinta años de febril trabajo y de inspiración admirable, qué le queda? Nada: los ecos lejanos de unos aplausos, las críticas de los periódicos, las lágrimas de sus amigos y unos recuerdos, que si hoy todavía conservan alguna viveza, dentro de algunos años serán cenizas de unas ascuas, suspiros que se pierden, gotas de agua que van á mezclarse á las que forman el océano inmenso de la vida.

¿Y por qué, por qué?

Porque el actor trabaja no en lienzos, ni en colores, ni en piedras, ni en bronce, ni siquiera en el papel, ni aun en las armonías de un verso, que con estar formadas de aire, aun así la tradición las repite.

No; Vico labró centenares de estatuas en carne humana, en su propia carne, con los latidos de su corazón, con las voces vibrantes de su garganta, con el sudor que al terminar cada estreno empapaba su frente; labró en su propia vida algo que no puede encarnar en nada material: alegrías, dolores, risas y lágrimas, pasiones humanas que sobre esta misma escena se desbordaron. Sí; su obra artística fué monumento labrado con el jugo de su propia vida, y al faltarle la vida, estatuas y monumentos, alegrías y dolores, gritos sublimes y rugidos feroces, y el ademán, y el gesto y las grandes palpitaciones del arte, todo se deshizo, todo se borró, todo se ha hundido en las eternas sombras de la muerte, y hasta, para mayor tristeza, sus pobres restos quedan separados de la madre patria y de este escenario por la inmensidad del Océano, á pesar de los generosos esfuerzos de quien, á otros muchos aplausos, ha unido esta vez el que se debe á toda acción noble y á todo arranque generoso del corazón.

No hay artista que en el breve espacio de unas horas obtenga triunfo mayor que el actor; pero bien lo paga. Gana su inmortalidad acaso en una hora, y en otra hora se le deshace.

No es éste el momento, ni es la ocasión de hacer un juicio crítico del que durante treinta años ha sido el constante vencedor, y casi pudiera decir el sublime tirano de la escena española.

Todavía esta generación le ha conocido, aunque no toda ella le conoció en el apogeo de sus facultades y en la colosal fuerza de su genio.

Evocar recuerdos de sus triunfos continuados, no es hacer un juicio crítico, es unir á los recuerdos del público los míos propios; es reunir al dolor del público el dolor de quien durante tantos años fué su compañero en las febriles luchas de la escena.

Yo vuelvo la vista á lo pasado, evoco memorias ya lejanas, y le veo como le vi la vez primera representar *La capilla de Lanuza*. ¡Qué figura tan gallarda, qué ademanes tan nobles, qué entonación y qué modulaciones tan prodigiosas y qué voz tan dulce y tan potente! Porque aquella voz, que luego el trabajo de tantos años enronqueció á veces, era en la época á que me refiero dulce, pastosa, musical y de extraordinario vigor.

Aún recuerdo dos ó tres años después, cuando representó en este mismo escenario *El Cid*, de Fernández y González, aquella escena del primer acto, y me parece que le oigo decir aquellos versos:

«Es mi honor que se derrumba,
y que, al derrumbarse, atruena.»

El teatro entero vibró, y Vico no era Vico, era el mismo Cid.

Y pasaron los años, y Vico siguió creando persona-

jes, dándoles su vida, su aliento, el calor de su sangre, la inspiración soberana de su alma de artista.

¿Qué se han hecho aquellas grandes figuras, aquellas creaciones en que Antonio Vico depositaba todas las energías de su ser?

Yo las veo vagar por este escenario; las oigo en los momentos supremos; hoy son fantasmas que el recuerdo evoca; entonces tenían carne y sangre, las del actor, que así, poco á poco, las fué consumiendo en el fuego de su inspiración.

Yo le veo en el admirable Segismundo de *La vida es sueño*; en el carácter misteriosamente poético de *Traidor, inconfeso y mártir*, que fué siempre una de las mejores creaciones de Vico; yo estoy viendo su gallarda figura, vestido de negro, apoyándose allá en el fondo del escenario sobre la tumba de Doña Inés en el quinto acto de *Don Juan Tenorio*; y aún me parece que le oigo una noche, una sobre todas, decir las décimas que empiezan:

«Mármol en quien Doña Inés»

con acento tan puro, tan poético, tan romántico como no habría podido soñar ni el mismo Zorrilla.

Yo le tengo ante mí cuando dijo el monólogo de *Consuelo* con tal perfección artística, que Tamayo, el gran dramaturgo, quedaba asombrado ante tal perfección; y luego, en el último acto del mismo drama, á impulsos de la pasión, le estoy viendo girar rapidísimo, con un movimiento inconcebible en la escena, con el sombrero en la mano y buscando por todas partes al marido de Consuelo; buscándole en el suelo y en el techo, y en los rincones del salón y en todas partes; movimiento absurdo que pintaba prodigiosamente la pasión; movimiento que en otro actor hubiera sido ridículo, que en él era sublime, y que hizo estallar al público en bravos frenéticos y en aplausos no interrumpidos.

Yo le veo encarnando la noble figura de Shakespeare en *El drama nuevo*.

Le veo en el teatro de Apolo, en la inolvidable noche del estreno de *El nudo gordiano*, enloquecer al público una y otra vez, y enloquecerlo por completo cuando en el final dice con acento de salvaje desesperación, refiriéndose al honor de su nombre y de su casa:

«Se va á la cárcel conmigo.»

Yo le recuerdo y le veo en el teatro de la Zarzuela en el estreno de *La pasionaria*, realizar maravillas, pasando con aquella flexibilidad de que le dotó la Naturaleza y que afinó el arte, de lo cómico á lo dramático, de la ironía á la desesperación; porque Vico sabía recorrer toda la escala de las pasiones; yo le recuerdo representando todos los dramas de todos los autores dramáticos de aquella época, y en todos ellos dominando al público, sublimando la obra, si la obra gustaba; salvándola muchas veces, aun no siendo del gusto del público, y ganando siempre aplausos para el autor, aun en los casos más desesperados.

Yo le oigo todavía recitar los rotundos versos de Zapata, y aun en sus últimos tiempos, cuando el trabajo y la fatiga habían marchitado los acentos más puros de su voz, cuando su corazón latía angustioso y parecía ceder su cuerpo bajo el peso de tantos dramas, tantas creaciones y tantas luchas, aun entonces, con esfuerzo supremo, daba las últimas llamaradas de su genio en la vigorosa creación de Dicenta *Juan José*.

Porque Vico, en su larga carrera y en la galería inacabable de sus personajes, ha recorrido toda la escala; reyes, magnates, filósofos, caballeros y villanos, y lo mismo vestía la trusa ó la malla, que la levita, el frac ó la chaqueta.

Era Hamlet, era Shakespeare, era Guzmán *el Bueno*, y otras veces era el personaje cómico; pero noble y simpático, de la comedia de Enrique Gaspar titulada *La levita*, y unas veces admiraba y aterraba otras veces, y hacía reír cuando quería dar la nota cómica, siendo siempre el gran actor en todas las manifestaciones del arte dramático.

Pero con recordar todo esto, aún olvido mucho más, y sin duda se confunden mis ideas y se nublan mis memorias, cuando ya no he pronunciado el nombre de *Los amantes de Teruel*, obra en que llegaba Vico, la no-

che en que se sentía inspirado, á las más altas regiones del sentimiento.

Esta fué la última vez en que oí á Vico, al verdadero Vico, y una noche, sólo una noche. Puede decirse que fué la llamarada postrera del genio; todos los que estábamos entre bastidores lo dijimos á una voz: *¡Sí, este es Vico; todavía es Vico!*

¿Y *El alcalde de Zalamea*? ¿Por qué no hablé antes del *El alcalde de Zalamea*?

Y ¿por qué no hablé de *García del Castañar*?

Porque sería imposible enumerar todos los triunfos de Vico. Aun viniendo á otro terreno, al melodrama de estilo francés ó italiano, ¿quién no lloraba viéndole representar *La muerte civil*, en cuyo drama ha emulado si no ha vencido, y en concepto de muchos de nuestros críticos ha vencido de hecho, á los primeros actores del extranjero?

Y es que en punto á inspiración, y en esos momentos en que el alma se transforma en otra alma y el actor siente verdaderamente la creación del poeta, ¿qué actor extranjero ha sido superior á Vico?

Vico, sobre todo, era actor de instinto y de inspiración.

Pero ¿era actor de estudio?

Vico estudiaba cuando era preciso estudiar, y estudiaba sin estudiar muchas veces, y perdónesele la aparente contradicción, pero sus grandes triunfos los debió siempre á un instinto maravilloso y á una inspiración verdaderamente sublime.

¡Ah! Cuando él sentía el estremecimiento de lo sublime, que dijérase que le corría por todo el cuerpo y que venía á estallar en acentos admirables en su garganta, Vico era invencible.

Esta tensión suprema del espíritu, este estremecimiento de los nervios en un ser humano, no podía ser constante, y así muchas veces parecía ceder al cansancio; pero jamás se retiró de la escena, aun en los días de más frialdad en el ambiente teatral y de más desfallecimiento, sin clavar por lo menos una vez en la escena las garras del león.

Y al hablar de la labor inmensa de Antonio Vico, ¿cómo no hablar de mis obras, y cómo hablar de mis obras, siendo más?

¡Qué lucha tan larga, cuántos años escribiendo para él, ensayando con él, dividiendo con él las emociones del estreno!

¡Qué creaciones tan prodigiosas ha realizado! Serán los personajes humildes y aun imperfectos por ser míos, pero cuando encarnaban en Vico, ¿cómo se me transformaban, cómo crecían, qué gallardos eran unas veces, qué grandes otras y siempre qué conmovedores!

Yo le daba el bloque, lo mejor que podía, no siempre como hubiera querido; él labraba la estatua, y esas creaciones de la escena son las que hoy veo entre las mejores creaciones del gran artista.

Aquí, á la derecha del escenario, está Vico en *La Esposa del Vengador* al pie de la verja del Santo Cristo, con la capa pendiente del hombro, la espada al viento, la melena revuelta; ¡qué figura tan hermosa!

Y allá, en el teatro de Apolo, todavía resuena para mí aquel grito que lanzaba con sublime esfuerzo y que llenaba el escenario y la sala:

«Por asalto como tú»

Y en el D. Lorenzo de *O locura ó santidad*, qué verdad, qué dolor, qué desesperación; sí, era la verdad, la verdad misma; no era un drama, no era una creación del artificio dramático, era la vida y el dolor en un hombre, era un alma luchando á brazo partido con el deber, ó el destino, ó la fatalidad, ó lo que fuese.

Y en *La muerte en los labios*, en la escena final del segundo acto, representando el papel de Walter, llega á la cumbre del arte dramático. No, no era Vico; por su figura, por su fisonomía, por su manera de sentir era el calvinista, el fanático, el apoplético!

Pero, ¿á qué continuar? La lista de personajes que ha creado Antonio Vico no tiene fin, y tendría que seguir hablando, aun sin abandonar mis dramas, de *Lo sublime en lo vulgar*, de *Vida alegre y muerte triste*, de *De mala raza*, de *La peste de Otranto*, de *Los dos fanatismos*.... ¿qué sé yo?, ¡lo innumerable!

Treinta y tantos años ha estado Antonio Vico crean-

do personajes sobre la escena, que ha sido, como antes expliqué, estar labrando centenares de estatuas y centenares de seres en su propio cuerpo y en su propia alma, con martillazos de escultor sublime; y así durante treinta años han estado martirizando su pobre carne humana, porque éste es el trabajo cruel, implacable del actor sobre sí mismo; tiene que conmover al público y para conmoverle tiene que darle sus propias lágrimas, el calor de su sangre, las palpitations de su corazón, lo mejor de su ser!

Todo para el público, todo para el Arte; y á él, ¿qué le queda? Un cuerpo quebrantado, dolorido, deshecho: restos y ceniza.

Eso es hoy el pobre Vico; ceniza, ceniza fría, unos despojos que ayer vibraron con todas las vibraciones del arte, que hoy se deshacen en la sombra y el silencio.

Se le busca por este escenario y no se le encuentra; se aplica el oído y no se oye su voz; hay pequeñeces que se clavan en el corazón como grandes torturas. ¡Perdonadme!... pensar que ya nunca oír al andar entre bastidores, como tantas veces he oído, decir al segundo apunte:

Preparado, D. Antonio, y darle la frase de salida, es una pequeñez, sí; pero que hiera cruelmente como punta de acero.

Vico, en sus últimos años, llevó á la tierra americana los restos de sus grandes glorias, y no ha vuelto.

En el mar, al que tuvo siempre tanto miedo, como él con su gracia incomparable explicaba en momentos de expansión, en el mar, decimos, murió el pobre Vico.

En el camarote de un buque, después de una navegación que debió ser para él una continuada agonía, al entrar en el puerto; pero rodeado por las olas amargas, cuya continua palpitation llegaría hasta su litera.

La muerte siempre es triste; pero morir en su casa, rodeado de los suyos, viendo lágrimas de cariño y de pena, rostros amigos, objetos amigos también, porque en el lugar doméstico todo es algo nuestro, con toda clase de consuelos, y hasta mezclándose al último dolor la última esperanza, no es lo mismo que morir solo, en un espacio estrecho, y por decirlo así, prestado, entre el oleaje implacable, el balanceo cruel y el ruido de la hélice, que no respeta ni el estertor de la agonía.

Triste, muy triste ha debido ser la muerte del pobre Vico.

Esta fué la primera idea que me asaltó, y es la que habrá asaltado á su familia, á sus amigos, que son muchos, á sus admiradores, que lo son todos.

Suframos la ley universal de la muerte; el que nació, nació para morir; pero no con refinamientos de martirio.

Lo he dicho ya en otra parte, y no puedo menos de repetirlo ahora. Así como en toda armonía hay un tema dominante, así en la sinfonía tristísima del dolor hay una nota dolorosa que á todas domina, y es esta que acabo de explicar.

Son caprichos, acaso, de la imaginación; pero yo me figuro la muchedumbre gloriosa de los personajes creados por Vico en su larga carrera, al caballero de capa y de tizona y de sombrero con pluma, al guerrero de la Edad Media cubierto de malla ó de armadura, al villano de Zalamea con su colete y su vara de Alcalde, á uno y otro personaje del día, con frac ó con levita, al Cid, á Guzmán *el Bueno*, al Pastelero de Madrigal, al calvinista de Ginebra, á D. Carlos de Quirós, á D. Lorenzo, al burlado D. Juan, á García del Castañar, al tendero de chaleco rameado de *La levita*, á cien y cien personajes más, cuyos nombres ni siquiera recuerdo, brotar del espacio todos ellos, condensarse todos ellos como figuras fantásticas en la gran cámara del vapor en que Vico agonizaba, y todos revueltos, todos confundidos, precipitarse hacia su camarote y querer entrar para despedirse de aquel artista admirable que les dió vida, y rozar su frente con sus labios de sombra y devolverle en lágrimas, si es que tienen lágrimas estos fantasmas del arte, las que hizo derramar el artista sublime por ellos y para ellos en uno y otro público, en España y en todas partes.

¡Ah! sí, algo de esto debió suceder, al menos en el cerebro de Vico, cuando ya para siempre se apagaba aquella potente inspiración.

¡Cuántas muertes había ensayado Vico en la escena; cuántas veces se había muerto, robando á la realidad poética, ó al realismo más crudo, sus quejidos y sus estremecimientos! Sólo esta muerte le faltaba, y ésta la consumó, Dios sabe tan sólo, en medio de qué angustias, entre Santiago y Nuevitas.

¡Oh, aquellos mares, aquellos mares, qué crueles son para España y para todo lo que más amábamos en España!

Vico cumplió su destino, acabó su obra, ha trabajado durante cuarenta años, ha dado lo mejor de su ser á la escena, á las grandes pasiones del Arte, á los grandes caracteres, sobre todo á los nobles arranques, porque en Vico, circunstancia notable, la mayor inspiración se unía al arranque más noble.

Lo más noble; lo más grande, era lo que mejor interpretaba.

Lo pequeño, lo ruin, caracteres egoístas, materialismos groseros, inclinaciones bajas y rastreras, pasiones venenosas, crímenes negros, muy negros, lo que salpicaba de lodo, todo esto le repugnaba á Vico.

Cuando era preciso, interpretaba lo que se revuelve en los abismos negros del corazón; pero por obligación, de mala gana, marcando tales creaciones todavía con su genio, pero entre momentos de timidez, como si tuviera remordimientos y vergüenza de encarnar en infamias.

A todo esto tiene derecho el Arte: ya lo sé; pero á Vico le repugnaban tales cosas.

Vico era el artista de lo noble, de lo gallardo, de lo enérgico, de lo luminoso, de lo heroico, de lo apasionado y de lo espiritual.

Esto es lo que sentía; esto es lo que expresaba como pocos.

Hacer un análisis de su dramática sería tarea larguísima é impropia de este momento.

No escribo estas líneas, ya lo he dicho, para juzgar á Vico como actor, sino para recordar al gran actor y al buen amigo.

Estas líneas no son más que recuerdos que evocarán en quien me escuche mil otros; que cuarenta años de vida artística tan grande y tan gloriosa, dejan muchos recuerdos y muchos resplandores.

¡Ay! que el actor los deja en el aire, y el aire, cuando se cansa de vibrar, es sordo.

¡Cuántas veces hizo vibrar la voz de Vico, este aire que respiramos, estos muros que nos rodean, hasta estos telones, bastidores y bambalinas!

Ya no vibrarán más, conmovidos por aquellos prodigiosos acentos.

Todo esto lo he dicho ya muchas veces en estas desaliñadas líneas, ya lo sé; pero ¿qué otras cosas he de decir, y á qué nos hemos reunido aquí esta noche, sino á evocar estos recuerdos y á decir estas cosas y á sentir las.

Es un tributo, el último tributo, á la memoria de Antonio Vico.

Ya sólo hablará de él la Historia del Arte dramático en España, y la Historia es muy respetable; pero nunca podrá sentir como sentimos los que hemos sido admiradores del gran actor.

Vico ha sido un gran actor, heredero de los grandes actores que han honrado la escena patria.

Vico ha dado glorias y triunfos al Arte en España y Arte dramático español; la Historia le debe un puesto glorioso; la Patria respeto y gratitud, porque la ennoblece el Arte, y él ennobleció el Arte.

El público español y los que fuimos sus amigos y sus admiradores, le debemos lágrimas y aplausos, á ver si por prodigio divino pueden ir esos aplausos y esas lágrimas por encima de las olas, á través de los mares, á despertar algún eco en aquel nicho en que reposa en tierra, ¡ay! que es tierra extranjera, y á humedecer aquellas cenizas, que ya son cenizas frías, del que fué Antonio Vico y ganó en buena ley y en el seno del Arte la inmortalidad.

Reciba este último adiós de sus amigos: es el último drama de Vico.

JOSÉ ECHEGARAY.

A LA MUERTE DE VICO

(IMPROVISACIÓN)

Has muerto como debías;
como cuando, gran actor,
las almas estremecías.
Nunca, en tus mejores días,
tuviste triunfo mayor.

Muriendo grande, aplaudido
con ardiente frenesí,
de cien coronas ceñido,
tu muerte no hubiera sido
quizá tan digna de ti.

Del proscenio atleta fuerte,
debiste al drama tu fama
consiguiendo enaltecerte;
por eso para la muerte
guardaste el último drama.

Pobre, marchito el laurel
antes tan glorioso y puro,
y sin otro amigo fiel
que el mar, que azotaba duro
los costados del bajel:

Mirando en la hora postrera
la inmensidad vasta y sola,
y cual fin de la carrera
la playa..... ¡que ni siquiera
era ya playa española!....

Así murió el triunfador.....
La mar se alzó sacudida
del cuadro por el horror.....
¡De los dramas de su vida
fué el de su muerte el mejor!

Para hacerlo, halló su anhelo
cuanto le era necesario.
¡Tuvo ese triste consuelo!
Un buque por escenario;
por bambalinas el cielo:

La inmensidad ancha y fría
por público que juzgaba;
y como gran sinfonía,
la del viento, que bramaba,
y la del mar, que rugía.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

ANTONIO VICO

El genio sublime y fuerte,
el artista que fingía
la más trágica agonía,
el campeón de la muerte...
por capricho de la suerte,
que le colmó de aureolas
muere al vaivén de las olas
del mar cubano, formadas
por lágrimas arrancadas
á las madres españolas.

Terrible desgracia ha sido
que á su patria no volviera
y que tan lejos muriera...
mas no todo se ha perdido;
porque su cuerpo querido,
la ingrata tierra cubana,
y la mar americana
y hasta el sitio en que reposa
y la tierra de su fosa...
todo es gloria castellana.

FEDERICO OLIVER.

A LA MEMORIA DE ANTONIO VICO

¿Qué artista brilló á su lado?
¿Quién más genial se revela?
Ni copió, ni fué copiado,
ni hasta hoy ninguno ha logrado
matricularse en su escuela.
Mas de aquel Vico sin par
¿qué resta? ¡Suerte menguada!
Lo que resta del bogar
de un barco sobre la mar.....
¡Una estela, y luego nada!
Colores tiene el pintor,
palabras el escritor
que velen por su memoria,
mientras confía el actor
al viento su arte y su gloria.
¡Adiós, pues, genio eminente,
hundido en lejana antilla;
recibe amorosamente
un saludo reverente
del autor de LA CAPILLA!

MARCOS ZAPATA.

EL GENIO Y LA MUERTE

Naciste, y su inspiración
soplando en tu cuna el genio,
tu trono alzó en el proscenio,
tu imperio en el corazón.

Arte, miraste al nacer:
"¡verdad!" al crear dijiste,
y á tu magia confundiste
arte y verdad en un ser.

Tan juntos que, al escucharte,
nadie discernir podía,
cuándo la verdad vivía
ó cuándo soñaba el arte.

"¡Ha muerto!" dice la gente,
y esa voz mintiendo está:
el genio en sus glorias va
renaciendo eternamente.

En vano la muerte brava
toca su unguida cabeza;
la vida del genio empieza
donde la del hombre acaba.

A lo terrenal sujeto,
deja la carne, la escoria;
le viste de luz la historia
y pone en pie el esqueleto.

Un himno en vez de un gemido
dad los que lloráis por él...
—es el luchador rendido—;
no está muerto; está dormido,
¡dormido bajo un laurel!

EUGENIO SELLÉS.

¡POBRE ANTONIO!

Un día le dije, oyendo
de la ovación el estruendo:
"¡Qué bien la muerte has fingido!"
y él me contestó al oído:
"¡Como que me estoy muriendo!"
No era trágica ficción
la agonía del *histrión*
(que tanto gustó á la gente).
La gloria besa en la frente...
¡y hierde en el corazón!
Aquella angustia era real;
é, impío, el beso mortal
del arte á su esclavo fiel
que siempre partió el laurel
con la musa nacional.
Por patriota, no fué rico;
y un arte exótico y chico
le expulsó á tierra extranjera.....
¡Allí se arrió la bandera!
¡Allí ha muerto Antonio Vico!
Su muerte es puesta del sol;
con el postrer arrebol.

se despidió el patrio genio;
la sombra enluta el proscenio...
¡ha muerto el arte español!

LEOPOLDO CANO.

A ANTONIO VICO

IMPROVISACIÓN

Yo no me puedo explicar
cómo podía fingir
la manera de llorar,
y aquel modo de reír
que no se puede imitar.

Con sublime sutileza
presentó tipos completos
de incomparable belleza,
y sus múltiples secretos
robó á la naturaleza.

¿Remplazarle? ¡Triste pena!
Es un sueño..... un desvarío.....
¡Ya muerto Antonio, quién llena
aquel inmenso vacío
que ha dejado en nuestra escena?

Reyes y legisladores
promulgaron sabias leyes;
legan á tiempos mejores
los renombres de los Reyes
y de sabios fundadores.

Y deja, para su gloria,
el guerrero su proeza,
que para eterna memoria
se le encomia con largueza
en el libro de la historia.

A los siglos venideros
trasmiten piedra y papel
recuerdos muy duraderos:
la paleta y el cincel,
nombres imperecederos.

¡Pero triste decepción!
El actor no deja nada
en pos de su creación.....
Una frase..... una mirada.....
Palabras..... eco..... visión.

¿De aquella gloria que tanto
por las masas fué aclamada.....
qué resta? ¡Qué desencanto!
Una tumba abandonada
en extraño camposanto.

Como justo galardón
á tanta perdida gloria,
os pido de corazón
¡un aplauso á su memoria!
¡Por su gloria una oración!

JUAN MELA.

ANTONIO VICO

Mar sin orillas escribió el poeta
y el nombre en el artista puso espanto;
y aunque escuchó de la sirena el canto,
tardó en lanzarse al mar su vida inquieta.

Pero al fin se lanzó, con la secreta
codicia de la gloria, que amó tanto,
y del bien de sus hijos, que, con llanto,
despidieron del arte al noble atleta.

Si; se lanzó á la mar, corrió á otro mundo
y triunfó en el proscenio americano,
que de fresco laurel halló fecundo.

Pero, al cruzar de vuelta el oceano,
halló un *mar sin orillas* que, iracundo,
negó la patria al genio soberano.

EDUARDO BUSTILLO.

Concurso de GENTE VIEJA.

Reunidos D. Benito Pérez Galdós, D. Jacinto
Benavente y D. Manuel del Palacio, han fallado
en nuestro Concurso, y en el número del día 10 de
Abril se publicará su acta y el artículo premiado.

MADRID.—Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús,
Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.